

UN CAMBIO REPENTINO EN EL MOSAICO DEL SUR DE ASIA

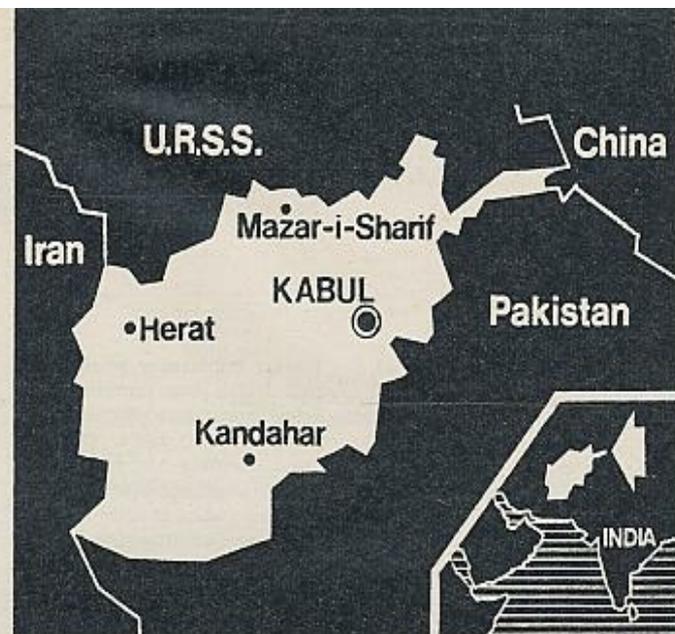
AFGANISTAN TRAS EL GOLPE DE ESTADO

El cambio de Régimen en Afganistán puede tener una serie de consecuencias importantes en una zona inquieta e inestable como es el Sur de Asia. Al pasar de Monarquía a República, del Rey Mohammed Zahir al Presidente Mohammed Daud, pasa al mismo tiempo de la influencia de Estados Unidos a la influencia soviética. O más bien regresa a ella. Un vistazo al mapa da unas cuantas claves de la trascendencia del suceso. Afganistán tiene una larga frontera al Norte con la URSS, un rabo de territorio que le une a China —ruta tradicional de comercio—, otra larga frontera al Sur con Pakistán y al Este con Irán. Está en una encrucijada de conflictos, intereses, pactos, alianzas. Algunos de estos factores son tradicionales, como la lenta busca de salida rusa —zarista—, y luego soviética hacia el océano Indico. Otros, modernos, como el pacto del Sudeste Asiático, luego Cento, que liga los intereses de Irán y de Pakistán a los Estados Unidos. Y los conflictos Pakistán-Bangla Desh y la influencia de la India, procedentes de la descolonización imperial británica. Hay problemas interiores/exteriores en una zona de fronteras siempre mal delimitadas por la influencia de los otros, por el nomadismo y por las cuestiones tribales-religiosas, como el de los pathan, o los pusth, grupo étnico importante que sobrepasa las fronteras de Pakistán, de lo cual procede una hostilidad per-

manente entre los dos países. Los musulmanes son de distintas sectas —el Islam está implantado desde hace trece siglos— y hay una minoría de hindúes. País más que pobre, miserable, con una elevada tasa de analfabetismo, vive aún en un régimen feudal, disfrazado de burguesía liberal en las ciudades, mantenido por jefes de tribu en las montañas, con un cierto barniz de modernismo en la capital y un remedo de instituciones parlamenta-

rias. El grupo aristocrático que lo dirige practica una cuidadosa endogamia. No es casualidad que el Rey destronado sea primo y al mismo tiempo cuñado del general destronador: todos los poderosos son más o menos primos o cuñados en Kabul. Este cuadro está aún más enrarecido por la presencia, visible más que invisible, de los poderosos «gangs» de las drogas y el contrabando, para los que se trata, o se trataba hasta ahora, de un país privilegiado.

El cambio de poder se ha hecho siempre por medios violentos. Lo que quizá le haya extrañado más al Rey caído cuando estaba en Italia —su gran amor, con Francia; el pretexto de su viaje a Ischia, la isla gemela de Capri, era en este momento el de una cura termal— es que haya tardado tanto. Lleva cuarenta años en el poder.



La historia de su reinado viene así: en 1927 y 1928, el Rey Abanullah hizo largos viajes por Europa —es una constante entre los señores del Afganistán—, y le gustó lo occidental. Cuando regresó a su país decidió adoptar unas formas externas del europeísmo: introdujo el traje europeo, abolió el velo femenino, proclamó la monogamia. Los feudales y los jefes religiosos musulmanes consideraron que se trataba de una locura peligrosa que podía poner en peligro las reservas espirituales del país, y lo derribaron. Por esas fechas, el general Nahir Shah ve-raneaba en la Costa Azul francesa, país al que quería especialmente porque había sido en él ministro plenipotenciario de su país. El general Nahir decidió regresar inmediatamente para ayudar a su Rey; lo hizo, levantó las tribus y venció a los rebeldes. El heroísmo romántico de este gesto se empaña un poco cuando se sabe que Nahir tenía a su lado a

miraron de que el joven príncipe tuviese tan elevada capacidad de asimilación e inteligencia; tanta, que en un año hizo completa la carrera militar, y al cumplir los diecisiete fue elevado a un puesto militar importante: ministro de Defensa. Probablemente el más joven que haya tenido nunca el mundo.

Su padre iba a durar poco. El Rey Nahir fue asesinado en 1933, y Mohammed Zahir le sucedió a la cabeza del reino. Su timidez proustiana, su nostalgia de Europa, hicieron de él un Rey triste y aburrido de cuento medieval, y el poder lo ejercía su poderosa familia, a la que el Rey Nahir había colocado en puestos clave. Prosiguió, cómo no, la obra de modernización de costumbres que había iniciado su padre y el antecesor de su padre, pero con cierta timidez. En política exterior seguiría después de la guerra la de la creación del Pakthunistán, que debería consistir en la ampliación del Afganistán sobre tierras de Pakistán. Pero la posguerra requería esfuerzos más eficaces, y abría algunas posibilidades de riqueza y juego diplomático que las que este Rey de la desidia, la timidez y el aburrimiento podían realizar. Fue entonces cuando tuvo a su lado como primer ministro a su primo y cuñado, el teniente general Daud, educado también en Francia, pero autoritario y decidido, y enamorado de la carrera militar, que había hecho también con la rapidez y la brillantez típicas de tan poderosa familia. Daud, al llegar al poder en 1953, se inclinó inmediatamente por la amistad con la URSS. Proclamando, bien entendido, su poca afición aristocrática y religiosa al comunismo. En 1957, Daud decía al periodista americano C. L. Sulzberger: «Le puedo asegurar a usted que Afganistán será el último país del mundo que adopte el comunismo». Estas eran las declaraciones hechas de cara a Estados Unidos para obtener

JUAN ALDEBARAN

los ingleses, que le ayudaban desde la India con armas, hombres y dinero, y que en lugar de restaurar la monarquía derribada, se proclamó a sí mismo Rey, lo cual no es extraño en Afganistán, donde la monarquía no era hereditaria, sino de quien conquistaba el poder.

Nahir, el ya Rey Nahir, se había dejado atrás, en Francia, a su hijo Mohammed Zahir. Era un estudiante de Bachillerato en los liceos aristocráticos de París: el Pasteur, el Janson de Sailly, y dicen que desde entonces guarda respeto y admiración por Gide y Proust, aunque quizá sus aficiones por esta lectura sobrepasasen lo literario. En 1930 fue reclamado por su padre para que regresara al país. Fue llevado a la Academia Militar de Kabul —oficiales ingleses—, y sus profesores se ad-

AFGANISTAN

también su ayuda. También el Rey Nahir había dicho en 1950 al mismo periodista que había que tener mucho cuidado con la URSS, que estaba contemplando la disputa de Afganistán con Pakistán para «intervenir en el momento oportuno». En sus entrevistas con los dirigentes soviéticos, Daud decía otras cosas. Cuando recibió la visita de Krutchev en 1960, Daud anunció al país que la monarquía estaba dispuesta a conceder al país el derecho a la autodeterminación y que llegaría hasta el extremo en el camino de las reformas democráticas y sociales, pero en los tres años de poder que le quedaban no hizo demasiados progresos por ese camino.

En realidad, la inclinación de Daud hacia la URSS fue sobre todo consecuencia de la de Estados Unidos —Eisenhower-Nixon-Sudeste Asiático con Pakistán y la firma del poderoso tratado del Sudeste asiático con Pakistán y con Irán. A petición de Pakistán, los Estados Unidos negaron a Afganistán la ayuda que pedía, y éste la buscó en la URSS. A ella debió la construcción de su Ejército y cantidades importantes de dinero y productos; le daban a cambio la neutralidad política y, mucho más visible, la explotación del gas natural que la URSS necesitaba para sus regiones del Asia central. La posición que los jefes religiosos musulmanes mostraban hacia el comunismo y la Unión Soviética se mitigó notablemente con la construcción de mezquitas a base de rublos. Esta inclinación hacia la URSS provocó la reacción de Estados Unidos, que comenzaron a enviar los dólares que antes habían negado, y que ayudaron a la modernización iniciada por Daud, realizando un gran programa de irrigación del Sur del país. Afganistán fue uno de los pocos países que durante un espacio de tiempo, sin duda corto, gozó de los beneficios del neutralismo.

Pero la penetración americana no fue sólo económica y técnica, naturalmente. De alguna manera fue haciendo una infiltración política que debería minar el terreno de Daud. ¿La CIA? ¿Los traficantes de drogas? ¿Una unión de estas dos poderosas fuerzas? El hecho es que en 1963, cuando Daud quiso aumentar sus relaciones con la URSS y al mismo tiempo acrecentar la hostilidad con el Pakistán, el Rey salió de su timidez y le despidió. Importantes

fuerzas militares y políticas del país debían estar previamente de acuerdo con este plan, movilizadas por quien fuera, para que Daud aceptase sin rechistar la orden, no se revolviere contra ella y partiera hacia el exilio.

De este movimiento nació un Rey Zahir nuevo. Pasó a la dictadura personal. Poco a poco se fue desprendiendo de tíos, primos y sobrinos, y encauzándose por el camino de Washington: la democracia. Pero qué democracia... Creó, efectivamente, un Parlamento con dos Cámaras —en la Constitución de 1964—, pero sin existencia de partidos políticos. Naturalmente, sin libertad de prensa (los veinte periódicos,

aproximadamente, del país, no sobrepasan en total, sumados todos, una tirada de 100.000 ejemplares); la Cámara Alta de jefes de tribu y notables contiene un tercio de designación directa, lo demás de elección popular; la Cámara Baja es enteramente de elección popular. Pero puede imaginarse el resultado de las elecciones en un país de estructura feudal. Zahir mandó en su Constitución que ningún miembro de la familia real pudiera pertenecer al Gobierno, y a los órganos gobernantes del país se habló de «revolución burguesa». Comenzó la era americana: el Peace Corps y los traficantes de drogas. El opio es semiclandestino. Estaba

mal explotado, y no refinado, y ahora es floreciente. Las carreteras construidas por los americanos sirven simultáneamente para una expansión del comercio y para el tránsito de droga y contrabando hacia Europa, además de estar construidas con fines estratégicos. De los Estados Unidos. Como los aeropuertos. Víveres, dólares, construcciones, industrias, fueron la aportación de Estados Unidos en esta época.

Todo lo devoró la clase dominante. Los feudales antiguos y sus hijos, educados en Francia, en Inglaterra, y finalmente en los Estados Unidos, consumían todos los beneficios de esta ayuda, más los que seguían llegando de la URSS, que no se atrevía a cortar la por miedo a perder una influencia futura y los beneficios del gas natural. El Rey dictador no vencía, por otra parte, su apatía y su abulia. Proclamado por los ulemas como «la sombra de Dios en la Tierra», no negaba esta calidad de sombra, y se negaba a las relaciones públicas, las apariciones en festejos, el contacto con su pueblo. Quizá no olvidaba que su padre fue asesinado mientras entregaba los premios de un torneo deportivo, pero también su carácter se lo impedía. No tenía ganas. Esto adquiría proporciones graves; sobre todo cuando las tribus le acusaban de estar dominado por las nuevas clases dirigentes —que de nuevas sólo tenían el aspecto europeo y la adhesión a la reforma de costumbres, tales como otorgar el voto a las mujeres—; cuando en 1971 los Estados Unidos enviaron una importante cantidad de alimentos para paliar los efectos de la sequía entre los nómadas, los funcionarios se apoderaron de los envíos y los vendieron a ocho veces su precio oficial. Los Estados Unidos están acostumbrados a este tipo de actos, frecuente en el Tercer Mundo, y quizá en un tiempo contaron con ello: las repercusiones del agradecimiento de las clases privilegiadas en la política internacional es siempre más eficaz que la de los nómadas hambrientos. Pero entre las tribus comenzó a surgir una considerable indignación. Un nuevo envío de alimentos debió ser entregado directamente al Rey, que tenía que estudiar el plan de distribución con las autoridades americanas, pero el Rey decidió que necesitaba unas curas termales en Italia, y



Tanques rusos del Ejército de Afganistán patrullan por las calles de Kabul desde poco después del golpe de Estado que dirigió el príncipe Sardar Mohamed Daud.

el alimento corrió la misma suerte que el anterior.

Por eso no le ha sido difícil al teniente general Daud el regreso al poder. Las cabezas de sus enemigos han rodado fácilmente —la primera, la del general Abdul Ali Shah—, y los movimientos de oposición han sido sofocados hasta ahora, aunque no se sabe de qué fondo montañoso puede venir un contragolpe, una contrarrevolución, o incluso una larga guerra civil. Daud dio su golpe el 17 de julio, apoyado por fuerzas militares. A la manera clásica: asalto a tiros a los puntos vitales, cierre de aeropuertos, vuelo de aviones sobre palacio, corte de comunicaciones, tanques en los lugares oportunos. Unas marchas militares en la radio, y en seguida, la proclama de Daud, personalmente, ante los micrófonos: el país ha contemplado con dolor las tácticas de los traidores que han empleado la regla de «divide y vencerás», la corrupción llevaba al país a la ruina y no tenía más salida que el patriótico levantamiento del pueblo... El país va a practicar la política del neutralismo y de la paz (aunque sin olvidar la mención a que el único problema existente era el del Pakistán), y las reformas van a comenzar inmediatamente.

¿En qué sentido? No en el comunista: Daud no lo es, y se ha cuidado de indicar que su camino es el islámico, en el cual cabe la república. El Corán es republicano, dice Daud; como Ghadafi dice en Libia que el Corán es socialista. Es probable que inicie un Régimen llamado provisional, con carácter de dictadura, para llegar a una anunciada democracia real, con partidos, oposición y prensa libre. No hay que confiar demasiado en esas reformas. Las depuraciones van a ser inevitables.

El hecho de que Daud no sea comunista, no debe excluir la idea, muy difundida en la prensa occidental, y sobre todo en la americana —que titula que el golpe de Afganistán es «una victoria soviética»—, de la ayuda de la Unión Soviética a esta operación, quizá en sus preparativos como en su desarrollo inmediato. La Unión Soviética ha sido el primer país en reconocer diplomáticamente al nuevo Gobierno. El segundo ha sido la India. En razón, sobre todo, de su enemistad con Pakistán. Para el cual este golpe es grave. Después de su guerra con la India y la secesión de Ban-



El príncipe Sardar Mohamed Daud, que se ha hecho cargo del gobierno en Afganistán.



El Rey de Afganistán, Mohamed Zahir Shah, de cincuenta y nueve años, a la derecha, depuesto tras el golpe de Estado.

glá Dosh, pasa años difíciles y amargos, y el Régimen expansionista de Afganistán puede ahora minar su unidad interior, ya tan deteriorada. Sería entonces la posibilidad de la creación del nuevo país, y la salida —por aliados y amigos— de la URSS hacia el Indico, como temen los estrategas comerciales y militares de Estados Unidos. Y del Irán, donde la dictadura del Shah está siendo continuamente combatida, donde existen también las minorías raciales discriminadas: se dice que Teherán está despachando rápidamente hombres a la frontera. Y que Estados Unidos está movilizándolo sus fuerzas secretas y diplomáticas. Quizá en el mismo Pekín. A Pekín, la victoria soviética (si es que realmente puede considerarse así) no le puede causar ningún regocijo: no olvidemos que en la cuestión de Bangla Dosh estuvo al lado de Pakistán, tanto por su enemistad hacia la India como por sus recelos para con la URSS.

Todo ese importante cuadro geoestratégico puede ser modificado de ahora en adelante, después de los diez años de contención americana por el apoyo al Rey y a la clase dominante. Podría ser una lección más de cómo para Occidente —para los Estados Unidos, concretamente— resulta totalmente errónea la doctrina de mantener Gobiernos corrompidos, antipopulares y antidemocráticos para contener las revoluciones; producen los efectos contrarios. Han sido tantas ya las lecciones, a partir quizá del golpe de Bagdad —precisamente de la capital del pacto de Bagdad—, que hay que pensar que no solamente no se aprenderán nunca, sino que esa forma de actuar es insoslayable y favorece a otros grupos de poder de Estados Unidos que tienen la vista corta y fija exclusivamente en los negocios inmediatos. Después de ellos, el diluvio. Pero el diluvio les empezó a mojar los pies hace muchos años, y realmente ya el agua ha llegado al cuello.

Sin embargo, no hay que abandonar una hipótesis hasta ahora invisible: que los Estados Unidos hayan aprendido la lección y Daud sea su hombre en este momento. No hay por qué suponer que su nuevo Gobierno vaya a ser una repetición del que ejerció en 1953-1963. Ese tipo de constancia no hay que esperarlo de los políticos con demasiada frecuencia. ■ J. A.